

## LA NAVIDAD



Es muy recomendable efectuar un breve viaje antes de la Navidad. En ese viaje se advierte cómo la Navidad viene, cómo se acerca. De un sitio a otro notamos que la fecha no depende de ningún lugar determinado; en cierto modo depende de todos los lugares y, por tanto, de nosotros mismos. El resultado es que ella viene a ser de ese modo algo, cuyos antecedentes se van produciendo como consecuencia de un estado de ánimo del que dependiera nuestro propio sino. En tal lugar del mapa han empezado a colocar unas estrellas en las calles más céntricas; en otro, están colocando unas figuras en una plazuela; en el tercero, empiezan a iluminarse algunos escaparates con el nimbo de la Navidad, sobre un San Nicolás de trapo; en otro punto vemos de pie, mientras unos operarios lo están colocando, un enorme abeto que casi interrumpe la circulación. La experiencia es hermosa. Es como la superposición, en distintos ángulos y latitudes diversas, de una misma imagen que se va perfeccionando y puliendo. Vemos así crecer la conmemoración de la Navidad, con una serie de desdoblamientos y reiteraciones. Es un espejo que refleja docenas de veces distintos espectros de una misma imagen. Esa multitud de visiones parciales, atrapadas al correr de nuestro viaje, nos da la impresión de que la unidad esencial de ese mito, y también su grandeza, son resultados de su inmensa extensión y hasta de su reiteración en la tierra. Cada uno de los "flash" de la conmemoración de la Navidad redondea y concluye la imagen entera que ella nos ofrece. De Norte a Sur, la imagen es la misma. En las calles de las ciudades de la Europa central vemos a los Santa Klaus subir y bajar de los tranvías, con su facha de deshollinadores de blanca barba y veste abrumada por la nieve. En otros lugares, a ese caballero que entra por las chimeneas y que se pierde, fantasmal, en los caminos, se le llama Papá Noel. Nosotros, a quienes en general aun con tiempo gélido no nos pilla la nieve con frecuencia por estas fechas, el Santa Klaus o el Papá Noel nos parecen un producto nórdico y un poco ajeno a nuestro clima. Pero pudiera aparecer, y hasta parece que lo estamos deseando. A medida que los años transcurren, ese personaje se vuelve más allegado y vecino nuestro. Está en los calendarios, en los cuentos infantiles, en las leyendas. Nos alegraría que nevara un poco para verle aparecer, aunque hablara con un acento un poco gangoso y forastero. ¿Qué importa? Pero aún no ha bajado aquí.

La superposición de las imágenes callejeras, previas a la Navidad, nos acerca a ella, de una ciudad a otra, de uno a otro país. Cuando llegamos a casa, la Navidad está ya entera. Está "terminada" con el despliegue de todo su espectáculo, con su esplendor. Encontramos en las calles la reverberación de todas las estrellas y el eco difuso y constante de una canción navideña, que los altavoces, y hasta las gentes, parecen susurrar de continuo. Todos los escaparates son una golosina; una golosina a veces con sabores, otras con simple regalo de luz y de color. En las aceras y en las plazas la gente se apiña, se acerca a los escaparates y se olvida de la monótona y a menudo triste realidad cotidiana. Esta es entonces, y todos los años, una fecha desconocida, desacostumbrada y novedosa, que no se parece a ninguna otra. En la niñez, el calendario se abría sencillamente para la curiosidad de los ojos atónitos, asombrados, del niño, que todo lo sorbían con el espectáculo de luz. Después, la significación se fue acomodando a unos ideales y a unos moldes y casi significó una costumbre. Ahora, transcurridos los años, la conmemoración adquiere, como en otros muchos aspectos de nuestra vida, su verdadero sabor y su certidumbre. Viene a ser la exequia de las cosas efímeras y el temblor indeciso de lo que todavía es posible: un poco de ternura y esperanza y otro poco de amor.

Al fin de este viaje nos hallamos con toda la ciudad dispuesta para la Navidad. El tráfago de esas fechas son las sombras que pasan como un trasluz por la maravilla de los bazares, por el esplendor de las tiendas, bajo los focos deslumbrantes y en la médula de la música y de la agitación de la noche. Lo importante de la Navidad es la ilusión que se ha creado de que algo va a pasar. Lo que sea, no lo sabemos aún. Va a ocurrir algo tan importante y majestuoso, que poco a poco todos vamos advirtiéndolo y asombrándonos. Intentamos seguramente con ello crear colectivamente aquella premonición con que sintieron venir al ángel los pastores de Belén que, en su actitud desprevenida, preconizaban aquella noche el paso de algo superior. Pudiera ser un soplo, un balbuceo, tal vez únicamente una voz interior, o el atisbo del presentimiento sublime. Eso mismo pretendemos crear,

e inconscientemente creamos nosotros, mientras sentimos a nuestro alrededor que las ciudades, todas ellas, se encienden en mil fulgores. Y como consecuencia de todo ello elaboramos una Navidad más íntima, en nuestras casas, en aquel rincón donde montamos nuestro propio Belén, con tarugos de corcho y musgo silvestre, donde las figuras, cuidadosamente guardadas de un año a otro, ya fatigan su paso por los senderos o se arrodillan ante la cueva o aun, sobre un absurdo mulo, presiden el rebaño rupestre que paca en una eterna vega escondida junto al inocente meandro de un caudal con papel de plata. Esta es la vertiente doméstica que atestigua nuestro propio aniversario, nuestra conmemoración, con un deseo de bondad y de sosiego, en el agitado mundo del que participamos. La mínima luz que trasciende de la cueva de nuestros belenes domésticos parece iluminar y engrandecer la calle, la noche y el mundo entero.

¿Por qué ello es así? Aun el más agnóstico de los seres no se podrá negar a la sugestión sublime del acto redencional de Belén. Todos nos sentimos en él interpretados y mejorados. Ninguna leyenda podría suplantar y perfeccionar el acontecimiento inesperado que allí se produjo. El clima de Belén es parecido al nuestro. En estas noches, hiela en Belén, como aquí mismo. Las estrellas, empero, fulgen lícidas. Es posible que una de estas estrellas varíe su rumbo y se detenga, y es posible —nos parece— que tres poderosos de esta tierra se dejen guiar por su sesgo y su luz. Es posible que nazca un niño dolorido en un portal y que con su llanto empiece a conmover y a alumbrar a un mundo nuevo y mejor. Es posible que ese niño sólo encuentre para calentarse el aliento animal y vivificante de un jumento y de un buey; es posible que todo ello motive la devoción inmediata, total, de unos pastores, que esperaban de antiguo a que el prodigio no fuera otro que éste, no con grandes y estruendosas maravillas, sino a través de lo más sencillo y simple en que se pueda reconocer el espíritu humano. Esta mezcla de hielo y candor, de tristeza y esperanza, es nuestra propia vida. Y en el fondo de esta cueva está nuestro corazón mismo, también concavo y cálido, expuesto a terribles heladas y al temblor de una pequeña llama. Lo que nació allí fuimos nosotros mismos.

La imagen de Belén se va acercando por una serie de anticipaciones que no serían posibles si nuestra carnadura y nuestro ser no estuvieran de antemano preparados para ello. Pero no es simplemente una sugestión de nuestras visceras ni de nuestro ánimo lo que, poco a poco, nos va conduciendo a la comprensión de la fecha. Nace Cristo en los antipodas con la misma significación. La helada y la estrella de nuestro diciembre convenían a la autenticidad de ese nacimiento. Pero hay Navidades sin hielo, que se conmemoran en la plenitud del verano, bajo la canícula, con el mismo éxtasis emocionado. En cada uno de los rincones del mundo donde exista un cristiano la fecha tiene temblor y luz.

La Navidad no depende de los climas ni de las latitudes. Es la significación misma del desamparo del hombre, donde se halla. Existe la Navidad del navegante en la mitad del mar, la del caminante en el despoblado, la del paria abrumado por su soledad, la Navidad de los enfermos y la de los tristes. El fulgor de nuestros escaparates nos podría parecer a algunos de nosotros un indigno eco de aquel otro resplandor. Pero nuestra fiesta no acaba de ser, ni será nunca, una fiesta pagana. Porque los regalos y hasta la delicia gastronómica que muchos se prometen en estas fechas es una manifestación de júbilo y de entusiasmo, rastro de aquel aleluya primigenio de la primera Navidad y de aquella voz que resonó por vez primera: "Paz en la Tierra..."

Aparte de cualquiera de las cuestiones metafísicas que queden implicadas en la celebración, este solo grito merecería que en esa noche crepitaran las más alegres fogatas. Lo que conmemoramos, aparte del nacimiento del Niño Dios, es su inmediato mensaje de paz y la capacidad que tiene el hombre de ser redimido de su condición de vida. De este modo el nacimiento es un preludio de la resurrección. En la vida evangélica, apenas se nos describe la realidad de la infancia y de la juventud de Cristo hasta su vida pública, que empezó a los treinta años de su edad. No se alude más que a la huida de la Sagrada Familia a Egipto y al episodio de su extravío entre la multitud, a la vuelta de Jerusalén, para ir a predicar en el templo. De este largo lapso nos dice únicamente el Evangelio que Cristo crecía en sabiduría y en edad. Del nacimiento a la plenitud de su doctrina, el lapso no merece una descripción detallada. Quien nace en Belén es, pues, el hombre que derrama sobre el mundo un mensaje de paz inusitado, el Dios de las bienaventuranzas, el que va a morir y a resucitar. Todos los hombres, a quienes Él llamaba sus hermanos, escuchamos, pues, con su primer vagido también su primera palabra. Es una voz aún incomprensible, pero cierta, de esperanza y de redención, para todos aquellos que se sientan ciegos y tristes.